

**COMO GRANÁ NO HAY NÁ**  
**EL ARTE DE SER GRANADINO**

**Andrés Cárdenas Muñoz**

**COMO GRANÁ NO HAY NÁ**  
**EL ARTE DE SER GRANADINO**



{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, abril 2022

© Andrés Cárdenas Muñoz, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004, Granada  
www.esdrujula.es  
info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: F. Javier Megías Molero

Diseño de cubierta: F. Javier Megías Molero

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 620-2022

ISBN: 978-84-125181-2-2

Impreso en España · Printed in Spain

## Introducción

Pienso que el mejor favor que puede hacer un veterano periodista a una ciudad en la que ha vivido muchos años es contar cómo ha sido su vida en ella: cómo eran sus calles, cómo eran sus plazas, cómo eran los personajes que la habitaban, cómo eran sus monumentos, cómo eran sus bares y tabernas, cómo eran sus instituciones, cómo eran sus políticos y, en fin, cómo era su historia y su propia idiosincrasia. Durante cuarenta y tantos años he trabajado como periodista en Granada, primero en el diario *Ideal* y ahora en *Granada Hoy*. He sido —otra vez lo soy— presidente del colectivo que ejerce mi profesión y también he participado en muchos programas radiofónicos y de las televisiones locales. He ido allá donde me han llamado, siempre que he podido. He conocido lugares muy acogedores, personas muy interesantes y situaciones que merecen la pena recordar. Pienso que sin recuerdos no hay personas ni ciudades, y que no hay ciudades sin personas.

Antes de seguir debo decir que no he nacido en Granada, pero me siento granadino porque me he hecho aquí. Llegado a este punto, a lo mejor se hace necesaria la pregunta de quién es más granadino, ¿el que habiendo nacido aquí lleva

mucho tiempo viviendo en otro lado o el que ha nacido lejos de Granada y vive aquí desde hace bastantes años? El profesor López Calera dice en su célebre ontología sobre sus paisanos que se puede afirmar que «soy granadino, aunque no haya nacido en Granada», como también se puede decir «no soy granadino a pesar de haber nacido en Granada». Todo esto quiere decir que el ser granadino no se construye con la argamasa de la geografía, sino con los impulsos del corazón. Lo mismo que hay un granadino que nace, hay un granadino que se hace. Y yo digo que somos según nuestros genes, pero también de nuestros penes. Aunque no haya nacido aquí, es aquí en donde he concebido a mis hijos y mis hijos a su vez han concebido a mis nietos. Así pues, puedo decir que la esencia granadina se me ha transmitido no por vía de mis ascendientes sino por vía de mis descendientes. ¡Ah! Y con el tiempo he adquirido tanta dosis de malafollá como cualquier otro granadino que haya nacido en el Realejo o en el Albaicín.

Fue Rainer María Rilke el que escribió que la patria de cada uno es la infancia. Juan Marsé dijo que sí, que estaba de acuerdo con que la patria de cada uno sea la infancia en el sentido moral y cultural, pero que, en un sentido más físico, lo eran las cuatro esquinas en la que uno se ha meado. Simón Bolívar fue más contundente al decir que no importa donde se nace, sino donde se lucha. Y Cicerón, mucho más pragmático, dijo que la patria de uno es el sitio en el que te quieren. Yo estoy de acuerdo con Cicerón, porque creo que es muy importante tener un gran hueco en el alma ocupado por el sitio que te acoge y te permite realizarse como profesional y como persona. Mi concepto de patria es aquel que dice que es el lugar en el que uno se puede tomar unos vasos

de vino con viejos amigos y hablar con ellos de lo divino y lo humano. Desde hace casi ocho años, todos los jueves nos reunimos en el Chikito un grupo de jubilados para hablar de todo lo que se tercie al descorche de un par de botellas de vino. En esas reuniones tengo la sensación de que mis amigos y yo ya hemos superado muchos temas trascendentes, por ejemplo, el de la existencia de Dios, el de los dogmas de fe o el del miedo a la muerte. Cuando estamos sentados en la terraza y vemos pasar a una chica guapa nos sentimos como Michael Caine y Harvey Keitel en la película *La Juventud* de Sorrentino cuando ambos, ya viejos, están en la piscina de un hotel de lujo hablando de circunstancias de sus respectivos pasados. Uno ha sido director de orquesta y otro productor de cine. Uno es un ateo irreverente y el otro le muestra sus dudas sobre la existencia de Dios. De pronto entra en el agua una escultural chica totalmente desnuda. Ambos se quedan embobados y uno al otro le dice en plan confidencia: ¿Ves cómo Dios existe?

Por supuesto, uno de nuestros temas preferidos para hablar es Granada, la ciudad que habitamos y en la que hemos depositado todos nuestros anhelos. Siempre podemos llegar a la conclusión de que hay tantas Granadas como queramos ver. Sólo en términos urbanísticos diremos que hay una Granada que empieza en sus barrios más antiguos, en el Albaicín y el Sacromonte, lleno de cuevas y de calles estrechas que recuerdan el pasado árabe. Está la Granada del centro histórico, donde se encuentra la catedral, la plaza Bib-Rambla y Puerta Real. Dónde están las tiendas que poco a poco han ido adueñándose de la zona y han echado a los vecinos a otros andurriales. Antaño en el centro histórico había zapateros

remendones, artesanos de la piel, barberos de toda la vida, carpinteros. Poco a poco ese microcosmos ha ido desapareciendo y los viejos edificios se han convertido en oficinas o pisos turísticos que han vaciado de vida el centro. Eso no solo ha pasado en Granada, ha pasado en muchas ciudades antiguas. Está también la Granada de los barrios populosos como El Zaidín y La Chana y la Granada desarrollista de los años 60 donde se construyeron edificios de pisos en largas calles como el Camino de Ronda o Pedro Antonio de Alarcón. Luego está esa área metropolitana de pueblos que se han ido acercando hasta la capital hasta constituir una periferia asumida y dependiente. Y hay una Granada que se fue con la construcción de la Gran Vía y la desaparición de la Manigua.

Es cierto que Granada tiene una belleza casi adictiva. Lo he ido comprobando a través del tiempo. Si uno no se enamora de ella sentado en una terraza del Albaicín, o paseando por el bosque de la Alhambra, lo mejor será que deje de intentarlo. Poco a poco, como al pintor Apperley, me ha ido ganando Granada, hasta convertirse en la ciudad que quiero y a la que siento como si fuera mía y en cuyas manos he depositado mi destino.

Debo decir que la belleza de Granada no me ganó de sopetón, me ha ido ganando con el paso de los años, conforme he ido descubriendo lugares que no sabía ni que existían. Por supuesto que la Alhambra produjo en mí la misma sensación de los que sienten que están en un sitio extraordinario, lleno de historias y leyendas. También me ha ido ganando con el paso de los años su historia, sin duda una de las más apasionantes de toda España porque en ella se han dado circunstancias que no se han dado en ninguna otra. Que aquí hayan vivido tres culturas, que haya sido el último bastión moro o que aquí

estén enterrados los Reyes Católicos son motivos suficientes para creer en el peso de los siglos.

Una ciudad está hecha de tiempo y deseo. El día en que entré en Granada con la intención de instalarme en ella tuve la sensación de que mi vida había dado un giro definitivo. Me dio la impresión de que empezaba algo nuevo en mi existencia. Miraba las cosas y a las personas cómo jamás había mirado antes algo o a alguien: con la conciencia nueva y la inquietud calmada. Ese día me pareció que Granada era el sitio que el destino me había confiado.

Granada invita a sentir entusiasmo, que es vivir un amor a la vida sin ningún fundamento racional. Pasear por sus calles, entrar en cualquier monumento, es notar cómo sientes ese entusiasmo. Nada más poner los pies en ella entendí que estaba en el lugar correcto y en el momento exacto. Paseando por sus calles entendía a los poetas que la habían ensalzado en sus composiciones. Era pasto de los ojos y elevación de las almas, que diría el poeta Al-Saqundín. Granada, como a Juan Ramón Jiménez, me cogió el corazón y en absoluto creía lo que había escrito Soto de Rojas, que era un paraíso cerrado para muchos y unos jardines abiertos para pocos. Yo sentía que la ciudad se había abierto para mí. Así de feliz era. En mis primeros tiempos en Granada no sentía nostalgia por nada. Granada, lo pude comprobar, era una ciudad que se podía recorrer con un sueño en la mente y con la esperanza en el corazón. Aquí yo sentía más intensamente que en cualquier otra en la que había vivido. Una ciudad conmovedora, a la vez lírica y prosaica, que me estaba abriendo los brazos con el deseo de acogerme entre los suyos. Con el tiempo he aprendido algo: Granada cambia de vez en cuando, pero nunca deja de parecerse a sí misma



No me he arrepentido en ningún momento haber decidido aposentarme aquí. Pude haberme ido en un determinado momento, pero decidí que esta sería la ciudad de mis hijos y de mis nietos. Granada ya me ha ganado para ella y me gana siempre que quiere. Me gana la Granada de San Juan de Dios transportando locos, y la del beato Fray Leopoldo pidiendo por las casas una ayuda para los pobres. Me gana la Granada de Eugenia de Montijo que se quitó el corsé ante del emperador francés para hacerlo su marido, y la de Marianita Pineda que bordaba banderas que significaban libertad. Me gana la Granada que vio cómo asesinaban impunemente a su poeta más famoso en un día en el que jamás debió amanecer. Me gana la Granada de la Alhambra que lleva ocho siglos levantándose a su hora, y la de la tumba en la que están enterrados los reyes más católicos de España. Me gana la Granada del remojón de bacalao y naranja, la de los piononos, la de la casata de los Italianos y la del vermú de La Castañeda, que de vez en cuando tomo con Rafael Guillén el poeta. Me gana la Granada del Chikito y la Manigua porque son los sitios a los que más voy, la que intenta que la malafollá guevariana sea palabra que esté en el diccionario, y la del dejaos de pollas vayamos a pollas y póngame usted una maritoñi con un pulevín. Me gana la Granada de sabios arabistas, la que trató el doctor Olóriz y la que pintaron Maldonado, Apperley, López Mezquita y Dolores Montijano. Y la que pintan Juan Vida, Manuel Ruiz y Jesús Conde, por decir tres artistas que aún cogen los pinceles. Me gana la Granada que ha salido de la garganta de Morente, de Carlos Cano, de Rosa, del 091, de Los Planetas y de Miguel Ríos, y la Granada de tablaos sin turistas que han pateado Mariquilla, Mario Maya y Manolete.

Me ganan las calles del Albaicín y las cuevas sacromontanas, la del barrio que nació entre dos ríos y la del territorio greñúo. Me gana la Granada de cruces floridas por mayo y la de las juncias del enfervorizado Corpus de junio. Me gana el rugido de Los Cármenes en los días de partido y me duele cuando el equipo es humillado con goleadas. Me ganan las azofaifas, las acerolas y los granados cuando están en flor. En fin, me gana la Granada que todos los días veo reflejada en el iris de mis ojos, aquella donde me siento a salvo de la fealdad del mundo. He dicho.

## LA IDIOSINCRASIA

### Por qué la tierra del «chavico»

¿Cómo es el granadino? ¿De qué pasta está hecho? ¿Cuáles son sus prioridades a la hora de estar ante los demás? ¿Cuáles son esas cualidades psíquicas y afectivas que condicionan su comportamiento, o sea, su carácter? Se dice de los sevillanos que son alegres, de los abulenses que son espirituales, de los gallegos en general que son melancólicos y de los catalanes que son agarrados. En cambio, ¿cómo son los granadinos? Habrá alguien que diga que hablar del carácter o la forma de ser de los granadinos es una tontería porque crea que el granadino no es diferente al murciano, al madrileño o al donostiarra. Pero creo que quién piensa así, no lo ha meditado demasiado, o no ha salido mucho de Granada.

Cuando llegué a esta bendita ciudad de la Alhambra oía mucho eso de que esta tierra era la de la malafollá y la del «chavico», pero no me interesaba demasiado descubrir el porqué. Creí que se trataba de un tópico más de los muchos que suenan por Andalucía y por sus provincias y que, de alguna forma, resaltan cualidades que no llegan a ser verdades absolutas. Ha sido el paso del tiempo, y el conocimiento de la intrahistoria de esta ciudad, lo que me han hecho interesarme

por conocer más a fondo el carácter de los granadinos, tan tratado como discutido.

Tenía un compañero de periódico que de vez en cuando y en plan enfático decía aquello de «¡Granada, hermoso continente y feo contenido!». Y un dicho popular expresa lo siguiente: «Busca en Granada el paisaje y evita el paisanaje». Pero siempre he creído que son esos lemas un tanto rebuscados que se pueden aplicar a cualquier ciudad bella que para no fomentar la envidia de los foráneos que la visitan se contrarresta con la funesta idiosincrasia de sus habitantes. La perfección no existe: hay que sacarle algún defecto. Una vieja leyenda trata de cuando las provincias andaluzas fueron a quejarse a Dios porque consideraban que había sido injusto a la hora del reparto decorativo durante la Creación. Las provincias andaluzas creían que el Todopoderoso se había esmerado con Granada, y que no había puesto el mismo empeño estético que en las demás. «Nos os preocupéis, para remediarlo crearé a los granadinos», les dijo Dios. Y desde entonces el granadino tiene que cargar con una forma de ser en la que no faltan ingredientes tales como el pertenecer a la tierra del chavico, ser malafollá o estar impregnado de ese espíritu pesimista y aniquilador que difundió el suicida Ángel Ganivet.

Está más que asimilado por todos que el granadino es conservador por naturaleza. También en lo económico. Se dice que el granadino acostumbra a gastar poco y a no arriesgar el dinero que tiene. Hay quien dice que ese espíritu economicista le viene del contacto con la cultura judía. De ahí que se le diga a Granada «la tierra del chavico». El ochavo era una moneda de cobre que equivalía a dos maravedíes y que estuvo vigente hasta el reinado de Isabel II. Tenía muy poco

valor, de ahí que se le dijera despectivamente «ochavico» o «chavico» a la décima parte de una peseta, lo que venía a ser una perra gorda. Esa era la cantidad que pedían los mendigos o los niños durante las fiestas de las cruces. O sea, poca cosa. El que ayudó a difundir mucho que Granada era «la tierra del chavico» fue Federico García Lorca, quien escribió en el periódico *Sol* un artículo en junio de 1936, estando en Madrid, en el que aseguraba que después de la Toma de Granada en 1492 la ciudad de la Alhambra había perdido «una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre, acobardada; a una *tierra del «chavico»* donde se agita actualmente la peor burguesía de España». Esta última frase caló tan hondo en gran parte de la clase pudiente granadina, que hay autores que piensan que fue suficiente para acumular el odio necesario para su asesinato a su regreso a Granada.

Gerald Brennan en *Al Sur de Granada* nos trata como «gente sobria y convencional y más puritanos que la mayoría de los españoles, pocos dado a la risa y que visten de negro en cuanto pueden». Lo de puritanos me imagino que lo diría al comprobar el mosqueo que suscitaba entre los alpujarreños su manía de desflorar a todas las muchachas que pillaba en su autoexilio en Yegen. Creía el inglés que Granada era conocida por «la tierra del chavico u ochavico porque «casi nada en ella cuesta más que esa cantidad».

Uno de los discos que ha grabado Estrella Morente se llama precisamente *Los tangos del chavico*, como esa moneda de poca cuantía que enseguida se relacionó con el carácter apocado de los granadinos. De ahí se pasó a designar a Granada como tierra de tacaños y agarrados, de personas a las que no

les gusta gastar, aunque tengan verdaderas fortunas. Pero creo que esa podría ser una derivación mal empleada del término, porque en Granada hay personas tacañas y espléndidas como en cualquier otro rincón del mundo. Es posible que el granadino tenga un carácter difícil, un tanto hosco, pero estoy en condiciones de apostarme un vermú en el Castañeda que es de los que, llegado el momento, es solidario y tiene buen corazón. En la década de los noventa los medios de comunicación difundieron una historia muy humana sobre una niña de Puebla de don Fadrique, Lourdes Punzano, que necesitaba una operación urgente y que solo podía hacerse en Estados Unidos. Al mismo tiempo el periódico donde trabajaba, *Ideal*, inició una campaña para recaudar fondos y ayudar a la niña y a sus padres, un matrimonio muy humilde y sin apenas recursos económicos. A la sede del periódico llegaban todos los días centenas de sobre con dinero de lectores como aportación para el traslado de la niña a Estados Unidos. Una persona (bajo el seudónimo de *El Guerrero del Antifaz*) envió anónimamente 500.000 pesetas y hasta las trabajadoras del sexo del Don José hicieron sus aportaciones para curar a la pequeña. Se sobrepasó en mucho la cantidad que se necesitaba, tanto que al final el periódico donó casi veinte millones de pesetas de las de entonces a un hospital granadino para construir una especie de habitación burbuja para niños con leucemia. ¿Cómo la llamada «tierra del chavico» era capaz de movilizarse y dar esa gran cantidad de dinero para una obra de caridad? Durante años en los que fui redactor de los temas de Sanidad raro era el año en el que no escribía sobre esas estadísticas que reflejaban que los granadinos eran muy generosos a la hora de donar sangre y que Granada era de las

primeras de España en donaciones de órganos. Mi hermano, por poner un ejemplo, que es de Bailén, tiene el hígado de un joven granadino que murió en un accidente y cuya familia donó todos sus órganos. Para mi hermano, que vive gracias al hígado que le dieron aquí, los granadinos son las personas más generosas del mundo. Otro ejemplo de la ejemplar solidaridad granadina es cuando instituciones como la Cruz Roja o Cáritas hacen cuestaciones, Granada siempre queda entre las primeras en cuanto a cantidad de dinero recogido. Así que ser de la tierra del chavico no es sinónimo de ser agarrado o poco solidario. O sea, no es una actitud colectiva ante el dinero, sino un talante personal, que es lo que pensaba el sociólogo Francisco Murillo Ferrol.

En el año 1984 fui con mi compañera de curro Victoria Fernández a cubrir un acto universitario, pues ella se encargaba por entonces de las noticias que generaba la Universidad de Granada. Iban a investir como doctor honoris causa al citado profesor granadino Francisco Murillo Ferrol y su discurso iba a tratar sobre el carácter de los granadinos. Para quien no lo sepa, Francisco Murillo Ferrol fue una figura clave en el devenir de la sociología y la ciencia política española a lo largo de las últimas cuatro décadas del siglo XX. Fue catedrático de Derecho Político en las universidades de Valencia, Granada y Autónoma de Madrid, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y premio Nacional de Sociología y Ciencia Política del CIS en 2003, el primero de esta naturaleza que se otorgaba en esta institución. Falleció en 2004 a los 86 años de edad.

El profesor Murillo Ferroll hizo, para mí, una de las disecciones más acertadas sobre los granadinos. Su discurso

se llamaba *¡Cómo somos los granadinos!*, así, con signos de admiración. Nos dijo el profesor que por lo pronto no tenemos fama de expansivos, antes, al contrario, de retraídos y concentrados, por lo que nos distanciamos de la imagen usual del andaluz dicharachero y chistoso, tipo Cádiz o Sevilla. Afirmó que, efectivamente, somos de la tierra del «chavico». Pero él creía que esta, como decía antes, no era una actitud colectiva frente al dinero, «sino un talante o temple frente a los bienes materiales. Lo notable es que no es una característica de pobres, sino de ricos. Es un conservadurismo o parsimonia que un sociólogo llamaría tendencia al consumo anti ostentatorio». Él decía que en Granada había gente con mucho dinero, pero pocos eran los que ostentaban esa riqueza.

También decía que los granadinos tenemos un pesimismo desengañado que nos lleva a ponernos en lo peor. Afirmaba que «tenemos cierto recelo hacia el futuro, como un vago temor a lo imprevisto, a lo que pudiera tener mal final». También habla de la malafollá granadina, aunque eso lo dejo para otro capítulo.

El caso es que el discurso del profesor es de lo más completo que he leído y escuchado sobre la forma de ser de los granadinos. Tanto me gustó que al terminar fui a pedirle una copia, la cual me facilitó sin ningún problema. Me sigue pareciendo un texto esclarecedor y vigente sobre el carácter de los granadinos.

En este año de 2022 cumpla cuarenta años en esta tierra que me acogió y creo que ese tiempo me da la licencia para intentar pergeñar una opinión sobre la forma de ser del granadino. No soy sociólogo, como el profesor Murillo, pero me precio ser un buen observador de la realidad que me



circunda. En primer lugar, creo que el vecino de la Alhambra sabe perfectamente los tiempos en los que tiene que mostrar su carácter. A mí siempre me ha dado la impresión de que está muy satisfecho, no tanto de sí mismo, como de la ciudad en la que vive o ha nacido. No necesita más que lo que tiene. Alimenta sus necesidades espirituales dando un paseo por Puerta Real y admirando esa ciudad en la que los siglos se han precipitado sobre sus piedras, sobre sus forjados, sobre sus tradiciones. Tiene el granadino afán de vivir todas sus horas acordándose de su pasado glorioso, con una sucesión cinemática de requerimientos emocionantes que su ciudad le brinda, tan pronto observando la Sierra que lo ampara de todo lo malo, tan pronto andando por los caminos por donde anduvieron sus antepasados. Américo Castro, filólogo y ensayista que había estudiado en nuestra Universidad, decía que el granadino tenía una concepción señorial de la vida, era de los que disfrutaba con el ensimismamiento, con el dejar pasar la vida con unas pocas cosas que se consideran importantes como la lectura, los amigos o simplemente el paisaje, que lo tenemos muy atractivo y muy variado. Efectivamente, creo que aquí somos muy dados a la abstracción. La abstracción que practicamos al contemplar la Alhambra desde el Paseo de los Tristes o la Sierra culminada de nieve desde Puerta Real. Estamos rodeados de mucha belleza, por eso nuestro sentido estético es muy agudo. García Lorca decía que el granadino estaba rodeado de la naturaleza más espléndida, pero no se va de ella. «Los paisajes son extraordinarios, pero el granadino prefiere mirarlos desde la ventana. Le asustan los elementos y desprecia el vulgo voceador». En otro pasaje de *Granada, paraíso cerrado para muchos*, dice que el granadino «renuncia

a la aventura, a los viajes, a las curiosidades exteriores; las más de las veces renuncia al lujo, a los vestidos, a la urbe». López Calera dejó escrito que el granadino tiene un carácter netamente conservador en cuanto a las distancias que no le permite viajar mucho, «aunque viaja porque su relativismo constitutivo le evita caer en una ceguera localista, que le encerraría entre las murallas de su ciudad». Dice Calera que el granadino alberga serias dudas de que haya algo más bello que la Alhambra. Tiene la convicción profunda de que la belleza está cerca, en su tierra, una tierra adornada de palacios, cipreses y nieves blancas. No le gustan las aventuras de los viajes y menos aún los viajes de aventuras. No quiere ser Marco Polo ni Colón. No tiene esperanzas de otro mundo nuevo y mejor». Eso, para el profesor, el no ser viajero, es una forma más de un espíritu conservador. Se contenta con lo que tiene. «Precisamente porque el granadino es un ser enrevesado y difícil de entender y de entenderse, no se le dan bien los viajes, que son siempre una aventura estética y económica».

Puede que sea verdad. Los granadinos somos malos viajeros porque es difícil que nos sorprenda la belleza de otro lugar. Cuando llevamos unos cuantos días fuera, enseguida echamos en falta el mar, la Alhambra, la vista de Sierra Nevada o la taberna de la esquina. Además, nos da por comparar y siempre salimos ganando: «¡Bah! ¡Donde se ponga la Alhambra!...», decimos cuando vemos algún edificio interesante en alguno de nuestros viajes. Una de las frases que más se oye en un granadino al que intentan hablarle de otro lugar con «marco incomparable» es esa de «pues... ¿sabes lo que te digo?: que como *Graná* no ha *ná*. Cada granadino parece tener un imán en el alma que le permite adherirse a todo aquello que deja

cuando sale fuera. Hasta restamos importancia a lo sorprendentemente bello de otros países. Aquí viene a cuento ese granadino que está haciendo cola para ver la Capilla Sixtina y ve a un paisano que sale de ella y le pregunta qué le ha parecido:

—¡Bah! Una Capilla Sixtina como *toas*.

Conozco a granadinos que no dejarían Granada ni para acostarse con Jennifer López. Conocido es el caso del profesor Antonio Almagro de Cárdenas que había nacido en el Realejo y bautizado en la iglesia de Santo Domingo. Era tal el apego que le tenía a su tierra que perdió la cátedra que había conseguido en Salamanca por no abandonar Granada. Almagro de Cárdenas era un destacado orientalista que obtuvo la cátedra de Hebreo en la ciudad salmantina. Cuando llegó el momento de ocuparla, dijo que de aquí no se iba. Melchor Fernández Almagro cuenta la anécdota de que un día los amigos de Antonio Almagro decidieron montarlo en el tren para que se lo llevara a Salamanca, pues no querían que el ilustre profesor perdiera la cátedra. La Universidad de esa ciudad le había enviado varios requerimientos y estaba a punto de expirar el plazo de presentación para la toma de posesión. Así que los amigos creyeron hacerle un favor obligándole a tomar el tren. Almagro de Cárdenas entró en el tren, pero ante de que este arrancara se bajó y saludó a sus amigos desde el andén de enfrente. El investigador José Luis Delgado dice que se sabe que por fin tomó posesión de su cátedra, «pero se volvió a Granada al día siguiente sin decir ni pío. Esto hizo que la administración le mandara una Real Orden amenazando con separarlo del escalafón. Él mismo presumía de haberse salido con la suya de no abandonar Granada y de vivir plácidamente frente al Albaicín en su Carmen del Maurón. Perdió la cátedra,

perdió su carmen, acabó viviendo en la calle Jarrería y se le veía paseando por Plaza Nueva tan tranquilo, envuelto en su vieja capa de Menipo», dice Delgado.

Conocido es también el caso de aquellos dos hermanos del Realejo, con posibles ambos, que decían que disfrutaban mucho pensando en que podían hacer un viaje y no lo hacían, se quedaban en Granada y contando el dinero que se habían ahorrado si hubieran hecho el viaje. Los dos hermanos eran tan agarrados que tenían una querida a medias, y por no gastar, no gastaban ni bromas.

Pepe Ladrón de Guevara, que conocía bien el paño, decía que el granadino, por lo general, se niega a la aventura y se opone tenazmente al destierro. «Es decir, se amontona, se acorrala a sí mismo, entregándose al manoseo del sol o al abaniqueo del aire, según el tiempo». Decía el experto en malafollá granaína que sus paisanos eran dados a tumbarse a la orilla de un río, bajo el sombrero de una higuera, y «dedicarse a sentir crecer la hierba, a ver pasar las nubes o estudiar atentamente, y yo diría que libidinosamente, los juegos eróticos de las hormigas culonas». Para Pepe Ladrón de Guevara, el granadino nace anclado al paisaje, a su paisaje.

El jesuita Carlos Muñiz Romero, que estuvo de sacerdote muchos años en Granada, llegó a conocer bien a los de su tierra de adopción. Murió en noviembre de 2018, pero en sus escritos dijo que «el granadino es reconcentrado y melancólico, tímido e introvertido». Decía igual que muchos otros investigadores, que no nos gusta el relumbrón. «Y la gracia, cuando la tiene, es sobria». También nos ve como muy pegados a nuestra tierra. «El granadino desconfía con frecuencia, y por eso, cuando rara vez se asoma al mundo, quiere volver a la querencia de su ciudad».

Luis Seco de Lucena, director de El Defensor de Granada, era un tarifeño trasplantado en Granada. Decía que la pereza era una cualidad distintiva de los granadinos, las más justificada y explicable. Cuando escribió sus memorias tenía 84 años y decía que aún no se explicaba «el misterioso enigma de la pereza de los granadinos». Escribió eso y se fue a echar una siesta, como está *mandao*.